





CLAVOS EN EL VIENTO



José Luis González

CLAVOS EN EL VIENTO





Primera edición: diciembre de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Luis González

ISBN: 978-84-18544-66-8

ISBN digital: 978-84-18544-67-5

Depósito legal: M-30257-2020

Editorial Adarve


c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A Alfonso García Rodríguez,
por creer en mí*



PRESENTACIÓN

Hace años, con un relato sobre Ulises, empecé lo que pretendía ser una serie sobre el olvido. Era un texto humilde y emotivo, y parecía un buen comienzo. Tenía cierta fuerza optimista y romántica que me agradaba.

El olvido se abatió, no obstante, sobre mi familia, en la forma de enfermedad de Alzheimer.

La convivencia con ella es difícil y dolorosa. En ocasiones el descanso es la ceguera.

Este libro, como la enfermedad, ha trazado impredecibles meandros que rondan lo real y lo irreal, lo visto y lo reflejado, lo sucedido y lo olvidado.

La princesa Yashodara se encuentra con el Buda que la abandonó para buscar la iluminación; un rey reconoce ante su pueblo su miedo atroz e inexplicable; el carcelero sustituto Orcajada se enfrenta con una difícil decisión; una Xana conversa con un ahogado...

Hay también cuentos muy breves, en los que la sensación y la emoción se imponen al argumento. En ellos encontrará el lector algunos de los momentos más intensos del libro.

El personaje de Tiberio Floro, el librero ciego, da el contrapunto a los relatos y cuentos mínimos que componen cada una de las tres partes de la obra, como hacía el drama satírico con las tragedias en los concursos dramáticos de la Grecia antigua.

PRIMERA PARTE



MI ÁRBOL

*Dedicado a Carmen Muñoz y Diana Lorenzo,
comadronas de este relato.*

Una mañana descubrí que el árbol más hermoso de mi jardín se había ido a la azotea.

Por supuesto, el hecho me produjo mucho asombro, pues era la primera vez que se iba así, sin avisar.

Por aquella época yo ya le había visto hacer extraños gestos con sus ramas, e incluso florecer en pleno invierno.

La casa estaba habitada, además de por mí, por otros dos propietarios, cada uno con sus familias. Era una bonita construcción con forma triangular, cada uno de cuyos lados era independiente. El hueco formado por el triángulo delimitaba nuestro jardín comunal. En su centro se encontraba una esbelta columna coronada por un nido de cigüeñas, vacío desde hacía años. Eso es a lo que, cariñosamente, llamábamos «la azotea».

Lázaro y Eva, dueños de las alas norte y suroeste, respectivamente, ya me habían avisado hacía tiempo de cierta extraña coloración en el envés de las hojas del árbol,

pero, como por entonces yo estaba comenzando a sufrir problemas de visión, no notaba con claridad dicho cambio, o al menos no como ellos.

Paradójicamente, pese a su retiro al nido, nuestro árbol parecía disfrutar desde lo alto charlando con el resto de las plantas del jardín, lo cual hacía animadamente. También hablaba con nosotros, de modo que su rareza perdió pronto parte de su esnobismo.

Ya bajaré, pensábamos Lázaro y yo, que apretaba las gafas contra mi nariz, intentando ver con más nitidez sus colores.

Pero no bajaba.

Eva, por su parte, estaba verdaderamente preocupada. Decía que probablemente nuestro árbol necesitaba que lo trasplantáramos de nuevo a su lugar original, e insistía en esto ante el resto de propietarios.

Contrató a tres hermanos de Agrigento que, al parecer, sabían mucho de columnas, para que construyeran una rampa que llevara desde el patio hasta el nido. Todos se llamaban Luca.

Al árbol le caían bien. De hecho, aceptaba que lo regaran y podaran, pues los propietarios, aunque pendientes de él, teníamos muchas y graves ocupaciones.

Lázaro llevó varias de sus hojas a un establecimiento fitosanitario, por si tenía alguna enfermedad.

No era araña roja, ni cochinilla, ni roya, ni nada conocido.

Yo envié la tierra a analizar, por si el jardín tenía un PH demasiado ácido, o era alcalino en exceso.

Eva mostró a varios especialistas distintos trozos de su corteza, ramas, flores, hojas, en busca de carencias de nutrientes: nada.

El árbol seguía en su nido sin querer bajar. De repente, dio una manzana, una pera y un limón, todo a la vez y en la misma rama.

Por entonces la rampa estaba terminada, y ya no hacía falta subir por nuestra escalera de mano.

Al final de aquella, los hermanos Luca instalaron una práctica terraza con algunos tiestos de colores.

Yo no distinguía casi sus tonalidades, pues mi dolencia ocular iba en aumento.

Eva pasaba mucho tiempo en la terraza con nuestro árbol y con los hermanos Luca, que le habían cobrado un sincero afecto.

Yo subía cuando podía, pues comencé a sufrir vértigos. Cuando llegaba arriba, abonaba con potasio, magnesio, quelatos de hierro, y todos los remedios que se me ocurrían.

Lázaro también hacía cuanto podía, y subía al nido siempre que sus ocupaciones se lo permitían.

Entonces, nuestro árbol comenzó a abrir flores de noche y cerrarlas de día, a ralentizar su metabolismo en primavera, a perder copa con desmesura, pese a ser de hoja perenne. Comenzó, al decir de las otras plantas, a contar mentiras, a moverse exageradamente ante una ligera brisa otoñal, y a ponerse serio.

Intuimos que algo grave estaba pasando. Los hermanos Luca debían volver a Agrigento, de donde ya

faltaban más de lo previsto, y otras obligaciones los reclamaban.

Los propietarios del jardín no sabíamos qué hacer con el árbol: Eva era partidaria del trasplante, Lázaro y yo de que siguiera en «la azotea».


Y entonces comenzaron las disputas. Como nuestros puntos de vista divergían, a todos nos parecía que eran los otros quienes se equivocaban: uno prefería llevarlo a un invernadero, donde estaría cuidado. «Y separado del mundo», protestaba otro. El tercero objetaba: «¡Pero si está a gusto aquí!».

Y, mientras el árbol declinaba, nuestra relación se tensaba. Yo apenas veía, Eva se había enfadado con todas las plantas del jardín porque, a su modo de ver, le reprochaban que no diera con una solución (aunque ellas no aportaban ninguna, solo protestaban y la sacaban de quicio). Lázaro y Eva discutían a menudo, con frecuencia muy agriamente, pero tampoco salía de esas peleas solución alguna.

Un día de verano, como estaba previsto, los hermanos Luca se fueron.

El árbol se quedaba solo la mayor parte del tiempo, pues nuestras obligaciones nos forzaron a cambiar de domicilio permanentemente.


Lázaro, Eva y yo amábamos entrañablemente a nuestro árbol. Contratamos más expertos en columnas, también de Agrigento, también llamados Luca, pero el árbol no daba signos de mejorar. Uno de ellos decía haber visto más casos así en su tierra: examinó detenidamente varias



de las ramas, hizo un corte profundo y examinó el color de la sabia. Después, dictaminó: «Sin duda es la enfermedad de Alzheimer. Es más común de lo que se cree». Nos contó cuanto sabía de dicho padecimiento, y nos quedamos estupefactos. Conocer el nombre de la enfermedad no alivió, empero, en lo más mínimo, nuestras relaciones, que se volvieron más tirantes y oscuras, si cabe.

Los nuevos Luca venían cuando podían para atenderlo, pero el árbol no los toleraba: les vomitaba el agua con que lo regaban, se descortezaba ante ellos de puro enfado, y más cosas que no es preciso contar aquí.

Lázaro, Eva y yo lo llevamos a una residencia para árboles indefensos. Para que bajara del nido de cigüeña, lo engañé diciendo que íbamos de paseo y, como confiaba en mí, me creyó.



Allí lo cuidan y lo atienden en sus necesidades cotidianas. Le hemos llevado trocitos de su columna para que no se sienta raro, aunque ya se había vuelto extraño, muy extraño. Las plantas del jardín preguntan por él, y asienten compasivamente cuando les decimos dónde está.

Eva va mucho a verlo: me cuenta que sus hojas se han vuelto blancas y que está bien. También Lázaro va a verlo.

Yo menos, pues, cuando estoy ante él, mis sentimientos son violentos y encontrados: deseo irme enseguida, pues me parece que ese árbol no es el mío. Cada vez que me dice la única palabra que logra pronunciar: «vámonos», noto que se me abre una llaga de dolor insoportable entre el ombligo y la garganta, y no puedo hablar. Y

no puedo respirar. Y siento que me muero en una agonía de delirios blancos.

Entonces noto el apéndice que genera cuando me ve, que es una mano; que esa mano toma la mía, y en la unión de ambas siento una gran calidez que transmite amor.

IMÁGENES

Rompí el espejo que me regalaste porque ofrece imágenes erróneas en una caverna profunda.

En él, acierto a ver a Orfeo vagando, solo y perdido, en el fondo negro de una mina. Los picadores intentan guiarlo a la luz, pero sus ojos ciegos resbalan sobre las paredes de hulla, y decide seguir allí, oscilando, perdido en tu espejo erróneo, contemplando el negro y el negro.

Con el espejo roto, buscaré reflejos directamente en tus labios, donde ocultas verdades ajenas y las revendes sin pasión.

LA TEMPESTAD

Luché a muerte con la tempestad. Mi cuerpo y mi voluntad destrocé en los continuos embates contra los escollos. Quería romperlos con mis armas. Volverlos astillas, vencer en la batalla como siempre había hecho.

El viento perenne, sin embargo, me despojó de caballo, armadura, hasta de la túnica.

Mis brazos desnudos se giraron hacia atrás, y las articulaciones crujieron con el esfuerzo por el empeño de luchar, de lograr la victoria aun en el último instante. Pero vi que moría, que no me quedaba nada que oponer al viento majestuoso y horrendo.

Entonces vi, con asombro, que yo mismo era parte de la tempestad, que su viento era mi ira, y la lluvia torrencial mi tristeza venenosa.

Solo entonces encontré reposo en el centro del tifón.

MIS ASUNTOS

Guardé, celoso de mis asuntos, mis recuerdos en un pozo. Ahora su oscuridad me impide verlos.

MÁSCARA

En muy raras ocasiones se descorre el velo de tu máscara de plata. Con infinita rapidez, como si repararas un desliz concluyente, la rigidez te domina, y de nuevo tu máscara te recubre y te secuestra de mis ojos.

Hoy he tenido suerte: en el breve intervalo me has reconocido, y he visto tu sonrisa.

CLAVOS

Aventa tus recuerdos, Alzheimer. Clava clavos en el viento.

CON EL LENTO MOVIMIENTO

Con el lento movimiento noté la ira en mi interior. Eran empujones irregulares que me presionaban, inmisericordes, arrojándome contra mi voluntad de todo lo que amaba.

Cuando comprendí que perdía cuanto tenía, cuanto me hacía feliz, noté la ira, que se expandía desde los dedos de mis pies a mi cabeza.

Pero lo peor estaba por llegar: la sensación de ahogo, de que mi cuerpo se hundía hacia sí mismo por la falta de oxígeno. La nariz y la boca tapadas hasta lo extremo.

Entonces vino el miedo atroz. No lograba respirar. Era una tortura, un sinfín de angustia, hasta que exploté de enfado y miedo, y lloré con un llanto desconsolado y oí lo que más tarde sabría que eran risas en mi entorno.

Como tantos de mi especie, había nacido.

JACINTOS

En el amanecer de mis días, yo atesoraba jacintos secos.

Eran mi pasión y mi juego favorito: mi vida siempre ha estado, como una hamadriade, ligada a las plantas.

«No hay sitio —dijiste— en casa para tenerlos. Dámelos y los guardaré, como si de mi corazón se tratase, en una cueva que conozco. Allí estarán bien, no temas».

Crecí separado de lo que más amaba, sabiendo que estaba seguro, en una cueva salvífica y apartada. Yo conocía el lugar porque una vez lo había visto, aunque jamás

había estado solo en él, y mis recuerdos del camino eran oscuros y aterradores.

Pasaron muchos años antes de que me atreviera a emprender ese viaje que tanto deseaba. Muchas ocupaciones lo demoraron, pero un día lo inicié. Me equivoqué varias veces de camino, dudé en cada bifurcación, y pasé mucho miedo cuando las antorchas se apagaban. Finalmente llegué.

En la caverna había un candado. Tú nunca me negaste la llave, así que pude abrir la pesada puerta de metal.

En el interior había muchos objetos inservibles, desechos que habías apartado de tu vida. Sobre unos aperos viejos de labranza reconocí la maleta en que habías guardado mis jacintos.

En ella solo quedaba uno, estropeado, de los que menos me gustaban, uno que no sé ni por qué recogí.

Una honda desesperación me arreboló, y di un paso atrás sin comprender.

No había restos. La maleta no contenía más que aquel jacinto seco y malformado.

No sé si llegaste a llevarlos a la cueva o te deshiciste de ellos antes. Ignoro también por qué, tal vez, conservaste uno.

Regresé. Nada te dije. Te quería demasiado para molestarte por unas flores.

Olvidé mis jacintos y seguí viviendo. Conocí otras flores, aspiré nuevos aromas. Crecí. Hoy, años después de tu muerte, he soñado con la maleta abierta y he escrito esto con tu pluma.